

JUSTINONA

Justina, Justinina... nada

Cuento por

F. García Pavón

9 CURRIO esto que voy contarte, ¡ay!, nunca lo olvidaré yo, en el Colegio de las Hermanas Apostólicas de aquella ciudad, de aquella bonita ciudad, ¡ay!, nunca lo olvidaré yo.

Justina era alumna de sexto curso en el Colegio de las Apostólicas, lector. ¡Cuántas veces la vi en fila colegial, Monte Naranco arriba...! Por la empinada carretera: delante los rojos costados, los verdes desniveles; detrás y abajo, la ciudad sumergida en el sueño delgado de su niebla... Carretera arriba, en columna de dos, esquilaban las niñas tocadas con capas verdes y boinas, vigiladas por dos o tres hermanas, erectas bajo los impolutos tejadillos de sus tocas.

Justina, como mayor que era, iba de las postreras; como gorda que era, arrastraba su gravosa humanidad, sudorosa; con la boina muy arrinada al cogote; empleando todo su poder en cada paso. Los mofletes, de puro sudorosos, a punto de sublimación; los ojos, caídos, de serrano cansado; y ¡ay!, aquellos, sus labios grandes y carnosos, descurridos, secos, sollozantes.

Hasta que tomaba la merienda y comenzaba el descenso, no apuntaba el goce campestre en el ánimo de Justina. ¡Dichoso Monte Naranco! ¡Todas las colegiales excursiones habían de ser a él! Así lo decía ella cada jueves, día del asueto y rebañil paseo.

—Hermana, vayamos por más llana carretera.

—No, Justinona, no; te conviene quitarle lastre a tu cuerpo.

* * *

Entre sus compañeras, Justinona era la clásica gorda que suele aflorar en toda colectividad. Su amplia fábrica, su posado verbo y, ¡ay!, su ingenuo razonar, eran semilla del más bondadoso gozo entre las colegialas.

Ella, la pobre Justinona, bastante tenía con su cuerpo. Demasiada carne era la suya para una sola mujer. Lo más de sus días había de consagrarlo a tan pingüe regalo de la Naturaleza. Su trabajo, su paso, sus razones y hablar, todo era tardó y a contratiempo. La mecánica del reloj, así como la de los astros, no andaban acordes con su pausada naturaleza.

«Nosotras, las obesas —pensaba la nena—, debíamos gozar una más lenta división del tiempo; no debían ser lo mismo las horas para las nerviosas como Pepita, que para las pingües como yo...» Hasta el momento del retiro no se sentía Justinona acorde con el tiempo. A esa hora, incorporada sobre la cama, con leche y galletas sobre la mesilla y con ocho horas por delante para dormir, Justinona era feliz. Entonces, picoteando en los dulces, suelto el cabello, bien cómoda y sin imperativos andariegos y laborales, comenzaba su cháchara, su parloteo ingenuo y bobalicón que tanto divertía a las compañeras... Y las compañeras le decían, por ejemplo: